

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1981

Publicaciones de la
EXCMO. DILIGENCIA PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCION: ANTONIA HEREDIA HERRERA
**ARCHIVO
HISPALENSE**



REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PROYECTO DE LEY

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



Deposito Legal: M. 25-1928

Impreso en el Centro Editorial Hispano, S. A., San Sebastián, 100 - 101



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN
ALFONSO GARCÍA MARTÍN
SECRETARÍA

Depósito Legal, SE - 25 - 1958

Impreso en Artes Gráficas Padura, S.A. - Luis Montoto, 140 - Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL



2.^a EPOCA
AÑO 1981



TOMO LXIV
NUM. 197

SEVILLA, 1981

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2.ª ÉPOCA

1981	SEPTIEMBRE - DICIEMBRE	Número 197
------	------------------------	------------

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MANUEL DEL VALLE ARÉVALO, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

JAVIER ARISTU MONDRAGÓN

NARCISO LÓPEZ DE TEJADA LÓPEZ

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.ª DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

JOSÉ A. GARCÍA RUIZ

AMPARO RUBIALES TORREJÓN

PEDRO PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

FRANCISCO DÍAZ VELÁZQUEZ

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

BARTOLOMÉ CLAVERO SALVADOR

MIGUEL RODRÍGUEZ PIÑERO

GUILLERMO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 3
APARTADO DE CORREOS, 25 - TELÉFONO 22 28 70 - SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

- MONTES ROMERO-CAMACHO, Isabel.—*Un episodio de las relaciones Iglesia-Estado en tiempos de Juan II: la postulación de don Rodrigo de Luna como arzobispo de Sevilla* 3
- GARCÉS OLMEDO, Aurelio.—*Nota para el estudio de la revolución de los transportes en la Baja Andalucía* 23
- BORRERO, Mercedes, y PARDO, María Luisa.—*La población de Lora del Río de 1491 a 1534* 39
- BARRA RODRÍGUEZ, Manuel.—*Constitución de San Juan de Ribera para el Colegio de la Sangre de Bornos* 49
- CHUECA GOITIA, Fernando.—*Bosquejo sobre la evolución urbana de Sevilla* 77
- LARA GARRIDO, José.—*Barahona de Soto y Herrera: clarificación de un tópico* 93
- GARCÍA-VALDECASAS JIMÉNEZ, Amelia.—*El Regeneracionismo en la novelística de José Nogales* 119
- HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio.—*Lista y la polémica gramatical sobre el verbo único* 151
-
- ## LIBROS
- TEMAS SEVILLANOS EN LA PRENSA LOCAL (mayo-agosto, 1981) 167
- Crítica de libros**
- WILSON, Edward M.: *Samuel Pepys's Spanish Plays*.—Klaus Wagner 183

	<u>Páginas</u>
ALEMÁN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> .—Antonio Castro Díaz	184
CUENCA TORIBIO, José Manuel: <i>Estudios sobre la iglesia andaluza moderna y contemporánea</i> .—J. C. Gay Armenteros	191
REYES CANO, Rogelio: <i>Sevilla en la obra de Becquer</i> .—Miguel Cruz Giráldez	194
BENGOECHEA, Ismael: <i>Jerónimo de la Concepción, historiador de Cádiz</i> .—Antonia Heredia Herrera	197
EBERSOLE ALVA, V.: <i>Disquisiciones sobre "El Burlador de Sevilla", de Tirso de Molina</i> .—Isabel Román	198
CERNUDA, L.: <i>Cartas a Eugenio de Andrade; Cartas a Bernabé Fernández Canivel</i> .—J. Montero	200
MORALES PADRÓN, F.: <i>Los archivos parroquiales de Sevilla</i> .—Antonia Heredia Herrera	203

UN ESTUDIO DE LAS RELACIONES
DEL ESTADO EN TIEMPOS DE
GUERRA EN LA PENINSULA DE
IBERIA EN EL SIGLO XVII. DON
ALONSO DE LEON COMO ARZOBISPO
DE SEVILLA

ARTÍCULOS

EL REGENERACIONISMO EN LA NOVELÍSTICA DE JOSÉ NOGALES

1. NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE JOSÉ NOGALES

Dentro de la segunda mitad del siglo XIX y durante los primeros años del siglo XX (1860-1908) transcurre la vida de José Nogales, escritor onubense que, aunque muy conocido y admirado en su tiempo, hoy en día ha sido inmerecidamente olvidado.

Su contribución a la literatura española es digna de conocerse por lo que representa su labor cuentística, realizada en las páginas de *Blanco y Negro* durante nueve años (1900-1908) y que es fiel exponente de las diversas tendencias literarias que confluyen en su autor, y por el hecho de que la problemática regeneracionista tome forma tanto en su obra novelística —cuyo análisis es el objeto de este artículo— como en su cuento *Las tres cosas del tío Juan* (1) y en las crónicas que escribió para *El Liberal* de Madrid desde 1900 a 1908.

Las escasas noticias que nos han llegado de Nogales —Homero Serís ha sido quien más se ha ocupado de él, dedicándole seis páginas en su *Guía de nuevos temas de literatura española* (2)— son una muestra del desconocimiento que existe en torno a su figura. Las noticias son no sólo escasas sino también erróneas, como las de su fecha y lugar de nacimiento, confundidas con el año 1856 —H. Serís (3)— y con el pueblo de Aracena —Serís, Bleiberg, Espasa Calpe y Salvat (4)—. Estos datos pro-

(1) Madrid, Mateu, III ed., 1916.

(2) Madrid, Castalia, 1973, págs. 288-293.

(3) Idem., pág. 288.

(4) Idem, pág. 288; BLEIBERG, Germán, *Diccionario de literatura española*. Madrid, Rev. Occidente, 1964; Espasa Calpe, *Diccionario Enciclopédico*. Madrid, L ed., 1930, t. 38 (cuerpo principal); Salvat, *Diccionario Enciclopédico*. Barcelona, t. IX, XII ed., 1967.

ceden de una nota biográfica anónima que se publicó en *El Liberal* de Madrid al día siguiente de la muerte de Nogales, el ocho de diciembre de 1908. Probablemente en esta nota se han basado Homero Serís y Germán Bleiberg. Por otra parte, Sainz de Robles (5) da como fecha de nacimiento el año 1850.

Nace Nogales en 1860 y en Valverde del Camino, provincia de Huelva, como atestigua su partida de bautismo, obtenida por la autora de este artículo gracias a la amabilidad de don Juan Romero Oviedo, cura propio de la parroquia de Nuestra Señora del Reposo, en Valverde del Camino. La confusión con Aracena se debe a que en esta ciudad va a transcurrir la infancia del escritor, hecho que se reflejará en su obra literaria.

Nogales realiza los estudios de Derecho en Sevilla, y ya desde su primera juventud deja traslucir sus inquietudes político-sociales y su afición al periodismo. Publicó sus primeros trabajos literarios en el semanario sevillano *El pensamiento moderno*, donde vemos reflejada su ideología política, de marcado carácter liberal.

Debido a un incidente con uno de sus profesores, el catedrático don Prudencio Mudarra, por discrepancias ideológicas Nogales abandona sus estudios y marcha a Marruecos, permaneciendo allí seis años. Atraído por todo lo exótico y extraordinario del nuevo país, se dedica a conocer a fondo las costumbres marroquíes. En Tánger, y en colaboración con G. T. Abrines —comerciante inglés que había introducido la tipografía en esta ciudad (6)— crea Nogales el periódico *Al-Moghreb Al-Aksa*, uno de los primeros publicados en Marruecos, que dirige y redacta, y desde el cual realiza una campaña de higiene y política para mejorar la situación en Marruecos, persiguiendo diversos fines, entre otros, la conclusión de la venta pública de esclavos en el Imperio Marroquí.

Al volver a España, en el verano de 1884, Nogales se dedica fundamentalmente al periodismo, fundando algunos periódicos, como *La Rana* (Huelva), dirigiendo otros —*La Provincia*, *El Defensor* (Huelva)— y colaborando en *La Concordia* (Huelva), *El Nacional* y *El Español* (Madrid). Su consagración como periodista tiene lugar a raíz de su triunfo en el concurso de cuentos que *El Liberal* de Madrid convocó en enero de 1900. A él concurren 667 cuentos, algunos de conocidos cuentistas españoles, como doña Emilia Pardo Bazán, Ramón del Valle Inclán, etc., por lo que hubo gran expectación a la hora de juzgarlos. El jurado, compuesto por Valera, Echegaray y Fernández Flórez, otorgó el primer premio a *Las tres cosas del tío Juan*, de José Nogales, por su ideología esperanza-

(5) *La novela española en el siglo XX*. Madrid, ed. Pegaso, 1957.

(6) *Diccionario Enciclopédico Espasa Calpe*, t. LXI, pág. 1524.

dora, ya que en él su autor propone remedios concretos —madrugar, cultivar la tierra y trabajar sin cesar— para lograr la ansiada regeneración tras el desastre del 98.

Antonio Cortón, en su artículo “Nogales y sus profetas” (7), Clarín en *Madrid Cómico* (8), así como algunos periódicos de entonces (9) elogiaron la decisión del jurado y la calidad del cuento premiado. Rodríguez Marín (10), en un banquete que se celebró en honor de Nogales en el hotel Inglaterra de Sevilla, elogió el españolismo del cuento. Juan Valera, en una de sus cartas a *La Nación* de Buenos Aires, comenta este concurso en el que tomó parte activa como miembro del jurado calificador: “este cuento tiene toda la traza de haber sido tomado de la boca del vulgo campesino, lo que realza su mérito” (11). Así pues, el cuento de Nogales ganó el primer premio no sólo por su calidad literaria, señalada por Valera, sino también por el ideal regeneracionista y la fe en el porvenir que de él se desprendían, tan necesarios en aquellos momentos angustiosos tras el desastre colonial.

Nogales colabora en *El Liberal* de Madrid desde mayo de 1900 hasta 1903. A partir de esta fecha entra a formar parte de la redacción de este importante diario, avalado por las firmas de sus redactores y colaboradores: Benavente, Blasco Ibáñez, Zozaya, Sawa, Gómez Carrillo, etc. También colabora Nogales —aunque con un solo artículo: “Alma andaluza” (12)— en la revista rebelde y liberal *Alma Española*, cuyo objetivo fue dar a conocer la auténtica realidad nacional. En la sección que se creó para estudiar y analizar el tema de las diversas regiones españolas colaboraron Pereda, la Pardo Bazán, Unamuno, Blasco Ibáñez, Nogales, etc. La labor periodística de Nogales en *El Liberal* de Madrid continuó hasta el mes de diciembre de 1908, en que murió. Sus últimas crónicas para este periódico, ya ciego, las escribió al dictado.

2. EL REGENERACIONISMO EN LA GENERACION DEL 98 Y EN JOSÉ NOGALES

Nogales fue un escritor comprometido con la realidad política española de su tiempo. Sus inquietudes por el porvenir de la patria y su

(7) *La Vanguardia*. Barcelona, 1900-II-6.

(8) 1900-II-10.

(9) *El Nacional*, *El País*, *El Día*, *El Español*, *La Opinión*, *La Vanguardia*, *Letras de Molde*, etc.

(10) *El Liberal* 1900-II-15.

(11) “Correspondencia”, en OC, t. III. Madrid, Aguilar, 1947, págs. 559-560.

(12) *Alma Española*, 1903-XII-6, n.º 5.

campaña regeneracionista tras el desastre naval le unen a la problemática generacional del 98.

Ante el Desastre, un amplio sector del pueblo español reaccionó de una manera vocinglera e ineficaz: o bien aturdiéndose en diversiones populares, o perdiendo el tiempo en la elaboración de programas regeneracionistas. Nogales critica ambas posturas: "No hay país en el mundo que se haya hundido tan alegremente, ni que con mayor indiferencia, rayana en ironía, reciba esos pedazos" (13). En contraposición, la reacción inmediata de una minoría consciente ante esta realidad se sintetiza en la preocupación por el porvenir de la patria y el deseo de olvidar el pasado. Esta minoría consciente, integrada por personas de las más diversas ideologías políticas, constituye el regeneracionismo, cuyo catalizador fue el desastre del 98. Joaquín Costa se convierte en portavoz de este movimiento que "ofrecía a la nación, en un momento de fracaso y hundimiento, un programa de soluciones envueltas en lenguaje pragmático y cientifista y con carácter de neutralidad política, soluciones concretas a problemas concretos, casi todas de carácter económico y educativo" (14).

Rafael Pérez de la Dehesa (15) ha estudiado con detenimiento la influencia de Costa en cuatro miembros de la generación del 98: Azorín, Baroja, Maeztu y Unamuno, señalando el mayor influjo que sobre este último ejerció: "Unamuno no era socialista o anarquista. Era costista, y ello de manera profunda. Si se convirtió en regeneracionista, lo hizo al igual que Costa..." (16). Uno de los objetivos comunes a Costa y Unamuno fue el deseo de liberar a la derrotada nación española de la enorme carga que suponía su glorioso pasado. La consigna de Costa para afrontar la penosa realidad se traduce en la siguiente frase: "¡Doble llave al sepulcro del Cid!" y con él a toda la España guerrera y gloriosa; pero poco después Costa propone abrir de nuevo el sepulcro del Cid para que se levante, no el Campeador vencedor de moros, sino el magistrado popular de Santa Gadea que tomó juramento a un rey cristiano: "Necesitamos —dice Costa— que el Cid viva, pues es el símbolo hecho carne de nuestra vida, de nuestra historia y de nuestra raza. Es la encarnación más depurada de todas las virtudes que pueden residir en un pueblo" (17),

(13) *El Liberal*, 1900-VII-24.

(14) PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*. Madrid, Sociedad Estudios y Publicaciones, 1966, pág. 168.

(15) *Ob. cit.*, págs. 167-206.

(16) *Ob. cit.*, pág. 182.

(17) "Resurrexit", crónica de José Nogales en *El Liberal*, 1908-III-28.

escribe José Nogales en *El Liberal* de Madrid. Miguel de Unamuno propuso “enterrar a don Quijote de la Mancha para que viviera entre nosotros don Alonso Quijano el Bueno” (18). José Nogales se suma a esta actitud en su crónica *La necesidad* (19), en la que, tras analizar las etapas por las que ha pasado España y en lo que ha llegado a convertirse, propone el entierro definitivo de la leyenda áurea. De esta manera el Cid guerrero y el Ingenioso Hidalgo fueron sustituidos por el Cid en Santa Gadea y don Alonso Quijano el Bueno, nuevos ideales que el movimiento regeneracionista ofrece al pueblo y que constituyen los símbolos de la tradición intrahistórica.

En Azorín y Maeztu la influencia que ejerció Costa fue profunda y traspasó los límites de la fase regeneracionista del 98. Por el contrario, en Baroja fue temporal y se limitó a las “consignas políticas de urgencia en el momento del desastre” (20). Sin embargo, la comunidad de intereses político-sociales que une a estos tres autores les conduce a redactar “una serie de manifiestos que exponen ideales y piden soluciones típicamente regeneracionistas, ideales y soluciones costistas” (21).

Azorín, que participó activamente en el movimiento regeneracionista, aseguraba haber recibido de Costa las mayores influencias (22). En su obra *Clásicos y Modernos* dedica unos capítulos, titulados “Precursores de Costa”, a establecer los antecedentes del regeneracionismo que, según él, hay que buscarlos en dos grupos de escritores, representantes unos del regeneracionismo puramente económico, y otros del regeneracionismo europeísta (23).

La presencia de la ideología costista en Maeztu se manifiesta ya en su primer libro *Hacia otra España*, de 1899, donde se hace patente el dolor de su autor por el Desastre y sus ansias de regeneración. Dedicó un capítulo de este libro a la Asamblea de Zaragoza, en la que sobresale la voz de Costa en medio del silencio general:

“Trazó el señor Costa el cuadro de la redención sin apelar a los viejos colorines de libertad y de orden.

La realización de estos ensueños no la pedía el señor Costa a una revolución ni a un pronunciamiento, sino a una noción de

(18) Crónica citada.

(19) *El Liberal*, 1901-XI-17.

(20) PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *ob. cit.*, pág. 171.

(21) *Ob. cit.*, pág. 187.

(22) *Ob. cit.*, pág. 186.

(23) *Ob. cit.*, pág. 190, nota 42.

ingeniería, a la hidráulica. Y pensó España: ¡He aquí a un hombre nuevo!" (24).

José Nogales alude también a este episodio en su crónica *La voz en el desierto* (25), al insistir en la necesidad que tiene España, afectada por la decadencia, la degeneración y la servidumbre, de personajes como Joaquín Costa, capaces de transmitir a la nación su voluntad y su fuerza:

"Subsiste la necesidad de los profetas, de los tribunos, de los censores (...). Sin duda porque tocamos en los lindes de las decadencias mortales.

Eso es en nuestros días el insigne Joaquín Costa: una conciencia solidaria, una palabra rugiente, una indignación, un látigo.

Su palabra profética hiende la piel; pero no nos hace cambiar de postura. Es —lo sabe muy bien— la voz que clama en el desierto."

Es corriente que cuando una nación se halla en crisis y se sienta desanimada por los problemas que la agobian cifre sus esperanzas en la llegada de un "hombre nuevo" que la salve de la decadencia y la conduzca hacia nuevos y mejores derroteros. Nogales ha señalado, en el artículo anterior, este fenómeno característico de los pueblos derrotados, y que trataremos más adelante al referirnos al mesianismo; las últimas palabras de Nogales se refieren al profundo efecto que producen las de Costa en el auditorio al que, sin embargo, no logra inculcar la acción. Maeztu se hace eco también de esta pasividad española —que él atribuye al problema de la incultura de España frente a Europa— en su obra *Debemos a Costa*, publicada en Zaragoza en 1911 y que constituye una síntesis de la huella que la ideología costista dejó en la generación del 98:

"la labor enorme de Costa no había sido ni asimilada, ni criticada, ni depurada; ni lo ha sido después. La España que vivía en su conciencia, no vivía en las demás conciencias. Costa nos llamaba cobardes; no se hacía cargo que no podíamos entenderle sencillamente porque éramos incultos." (26)

Maeztu ve a Joaquín Costa como una de las pocas figuras cuya ideología se aproximaba a la del 98, generación que carecía de un guía espiritual, y

(24) *Ob. cit.*, pág. 194, nota 47.

(25) *El Liberal*, 1906-II-20.

(26) PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *ob. cit.*, pág. 198, nota 60.

cuyos miembros no pudieron permanecer indiferentes ante “los males de la patria”, que se agudizaron por el Desastre.

Dentro del movimiento regeneracionista, el problema del caciquismo ocupa un lugar primordial. Los caciques eran particulares que dominaban totalmente la vida de las provincias en que vivían. Joaquín Costa promovió una información, en el Ateneo, sobre este problema enviando, en 1901, a muchos intelectuales y personalidades de la política una memoria titulada *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, y pidiéndoles su opinión sobre el tema. Entre otros muchos, participaron en la encuesta: Antonio Maura, Adolfo Bonilla y San Martín, Rafael Altamira, Francisco Pi y Margall, Jacinto Octavio Picón, Emilia Pardo Bazán, Santiago Ramón y Cajal, Miguel de Unamuno, José Nogales, etc. Los informes emitidos fueron recogidos en un volumen (27). Esta información, como ha señalado Pérez de la Dehesa, “constituye un acontecimiento intelectual clave en la historia moderna de España” (28), ya que el objetivo perseguido por el promotor y los participantes es poner en tela de juicio las estructuras político-sociales que caracterizan la época de la Restauración.

Pérez de la Dehesa dedica un capítulo (29) a analizar los elementos que componen la memoria *Oligarquía y caciquismo*. En primer lugar, la actitud pesimista de Costa, debido a la lenta reacción que mostró el pueblo español ante el problema de la organización caciquil, pesimismo que se agravó a raíz del desastre del 98. En “Bastante hemos hablado” (30) y “El maldito gobierno” (31), crónicas que Nogales escribe para *El Liberal* de Madrid, también hallamos esta visión pesimista de la situación política española después del Desastre, y la consideración del siglo XIX como un siglo de pompa oratoria y de inutilidad política. Otro de los elementos es la actitud personalista de Costa, cuyo origen quizá haya que buscarlo en la concepción española de integrar la idea en la persona. Esta actitud condujo al mesianismo o esperanza de un país decadente en el advenimiento de un hombre que tenga cualidades de superhombre y actúe como salvador. La idea del “superhombre” muestra la influencia de Nietzsche entre los miembros del 98, influencia que ya aparece en *Hacia otra España*, de Maeztu (32). Y finalmente, la europeí-

(27) *Ob. cit.*, pág. 134, nota 6.

(28) *Ob. cit.*, pág. 201.

(29) *Ob. cit.*, págs. 155-166.

(30) 1905-VI-25.

(31) 1905-VIII-2.

(32) PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *ob. cit.*, pág. 196.

zación. Además de la regeneración de España, era necesaria su europeización. La consideración de Europa como un ideal al que España debe aspirar es una de las deudas que los españoles de entonces tienen con Costa; Maeztu lo reconoce en *Debemos a Costa*: “A Costa debemos que sea Europa un ideal y no meramente una expresión geográfica” (33).

Unamuno —el único miembro del 98 que participó en la encuesta— opinó que “el caciquismo no era un mal en sí, sino una consecuencia natural del estado del país (...) sólo cabe esperar que mejore la condición de los caciques, cuya existencia le parece inevitable” (34). Debido al impacto ideológico que causó la memoria promovida por Costa, años después otros miembros del 98 dieron su opinión sobre ella. Azorín, por ejemplo, en *La idea de Costa*, afirma la continuidad entre caciques y pueblo, contrariamente a la separación que estableció Costa (35). La visión que Maeztu nos da sobre el problema, en *Los intelectuales y la revolución*, conferencia pronunciada en el Ateneo en 1910, difiere de la de Joaquín Costa: Maeztu “no cree en la correlación absoluta entre caciques y oligarcas” (36).

Puesto que el caciquismo constituía el mayor mal de la sociedad, era un deber de los escritores comprometidos con su tiempo histórico el combatirlo con todas sus fuerzas, y así lo hace Nogales. La importancia que nuestro escritor concede al problema del caciquismo —reveladora de la influencia que sobre él ejerció Costa— se pone de manifiesto en *Mariquita León* (37), donde constituye el principal de los diversos problemas regeneracionistas que integran la novela, y más concretamente en su crónica *De campanario* (38). En ella critica la actitud del entonces presidente del Congreso, Romero Robledo, ante el problema caciquil, que, en una sesión, llegó a decir: “Creo que concedemos demasiada importancia a estas menudencias, cuestiones de campanario”. Nogales asegura que los que padecen bajo el poder del caciquismo —diecisiete millones y pico de españoles— no lo juzgan cosa indigna de importancia, sino que creen, en oposición al presidente de la Cámara Popular, que son cuestiones hondas y trascendentales en cuanto que encarnan un estado social y caracterizan una época. Señala Nogales el hecho de que mu-

(33) *Ob. cit.*, pág. 163, nota 14.

(34) *Ob. cit.*, pág. 201.

(35) *Ob. cit.*, pág. 190.

(36) *Ob. cit.*, pág. 204.

(37) Barcelona, Maucci, 1901, 242 págs. Madrid, Ed. Atlántida, t. II, 2.ª ed., 1926, 246 págs.

(38) *El Liberal*, 1904-XI-10.

chos sociólogos, como Joaquín Costa, han visto en el caciquismo algo como el alma infecta de una sociedad; no es sólo un hecho político, sino que abarca todos los aspectos de la vida: "El caciquismo es la esterilidad de todos los esfuerzos generosos, progresivos e inteligentes".

A través de diversos artículos traza Nogales la figura del cacique, tan nacional y característica, representante de la política rural, con sus actuaciones deshonestas y sus aspiraciones a "ser alguien" (39); estudia una de las bases en que se apoya el caciquismo: la existencia del "comité" que propagaba un estado de opinión favorable al cacique. Nogales celebra la desaparición de este organismo y augura un final fatal para los caciques (40). Comenta el alcance de la influencia caciquil que ha llegado a intervenir en asuntos de índole eclesiástica, como es la elección de obispos (41); la condena del compromiso entre las autoridades eclesiásticas y políticas la realizan también Blasco Ibáñez, en *La araña negra* (1892), Ernesto Bark, en *Los vencidos* (1891), y Joaquín Costa, en su única obra publicada, *Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo* (volumen XIV de la Biblioteca Costa, Madrid, 1917).

Han sido múltiples y diversos los factores que han contribuido al desarrollo del caciquismo; uno de ellos es el convencimiento que existe en la sociedad de que el favor lo es todo y el mérito nada, por lo que se busca el amparo del gobierno y la simpatía del cacique para el afán continuo de adelantar y de subir (42); otro factor ha sido la desmesurada expedición de títulos académicos, con la consiguiente dificultad a la hora de ejercerlos, haciéndolos, por tanto, ineficaces. Esto ha impulsado a una gran masa de fracasados hacia el camino de la política de campanario: "... licenciados vírgenes de todo trabajo intelectual, de la política han de vivir, y de ella han de hacer la única y no muy limpia ocupación de todas sus facultades" (43); además, la abundancia de licenciados perjudica en gran manera al país, pues supone la escasez de hombres que cultiven la tierra y que, por tanto, aumenten la riqueza: "El resultado lo hemos sentido no hace mucho, al pretender ametrallar con tradiciones a un pueblo que tiene más comerciantes que bachilleres, más industriales que licenciados, más cañones que expedientes..." (44), escribe Nogales, refiriéndose al desastre del 98.

(39) *El Liberal*, 1902-III-4.

(40) *El Liberal*, 1903-V-6.

(41) *El Liberal*, 1904-I-6.

(42) NOGALES, José, *Tipos y costumbres*. Barcelona, Biblioteca de "La Vanguardia", n.º XVI, 1900, pág. 3.

(43) *Ob. cit.*, pág. 196.

(44) *Ob. cit.*, pág. 5.

3. PANORAMA DE LA NOVELÍSTICA REGENERACIONISTA

Durante los años 1890-1900 se publican una serie de novelas cuyo valor reside, no en su calidad estética —su caracterización estilística es una continuación del realismo decimonónico— sino en la función de documento histórico, de denuncia y crítica de los problemas que caracterizaban la España de aquellos años. Se denomina literatura regeneracionista a este conjunto de obras, cuyo objetivo primordial consiste en analizar minuciosamente la problemática que acució al pueblo español tras la derrota del 98, así como en buscar los remedios para combatir esos problemas. Los llamados escritores regeneracionistas toman de la realidad político-social elementos como el caciquismo, el funcionamiento de los partidos políticos, la reacción del pueblo español ante el Desastre, la decadencia cultural y económica, etcétera, para convertirlos en tópicos temáticos de sus novelas.

La consideración del caciquismo como una consecuencia del sistema oligárquico ha pasado a las novelas de Macías Picavea, Queral y Nogales. Joaquín Costa, en su citada *Oligarquía y caciquismo*, alude a la trasposición literaria de la nueva figura del cacique, antítesis del hidalgo tradicional:

“El tipo del patriciado español no lo constituye, desgraciadamente, la familia de los Cuesta de Tudanca, modelo romanesco de Pereda, sino el pervertido Gustito o Augustito de la novela de Queral, *La ley del embudo*, o el Brevas de la de Nogales, *Mariquita León*, tomados asimismo de la realidad.” (45).

La producción novelística de Joaquín Costa está integrada por tres narraciones, dos de ellas inéditas —siete cuadernillos de *Justo de Valdediós*, y seis de *Las novelas nacionales*— y otra publicada póstumamente, *Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo* (1917). En todas ellas la creación del héroe —reflejo del propio Costa— responde al prototipo del hombre regeneracionista, ocupado sólo en resolver la problemática político-social de la España finisecular, así como su frustración ideológica final, en consonancia con la que tuvo lugar en la evolución real del pensamiento regeneracionista.

(45) ROMERO TOBAR, Leonardo, “La novela regeneracionista en la última década del siglo XIX”, en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1977, pág. 142, nota 25.

La estructura de la organización caciquil sufre un pormenorizado análisis en *La ley del embudo*, de Pascual Queral y Formigales, publicada en 1897. La denuncia de los intereses parciales defendidos por reaccionarios y progresistas, así como la defensa de un programa de reforma agraria que exigirá, para su realización, la existencia de un auténtico partido nacional toma forma en *Tierra de campos*, de Ricardo Macías Pica-vea. El tema del regeneracionismo aplicado a la tierra vascongada lo hallamos en *Blancos y Negros*, de Arturo Campión, publicada en 1898. Leonardo Romero Tobar ha subrayado la importancia de estas tres novelas, que reside en la “exposición sistematizada de algunos males nacionales y de los posibles remedios que podían aplicarse para su desaparición. En otras muchas novelas de los años finales de siglo aparecen también los mismos o cercanos problemas, pero no tienen la fuerza de tesis apologética que en las novelas anteriores” (46).

La pluralidad de problemas regeneracionistas vuelve a aparecer en las dos novelas de José Nogales, *Mariquita León* y *El último patriota* (47), publicadas en 1901 —aunque escritas con anterioridad—, de las cuales nos ocuparemos en el siguiente apartado.

En otras novelas como *Reposo* (48), de Rafael Altamira; *Los vencidos* (49), de Ernesto Bark; *Noticias biográficas acerca del Excmo. Sr. Marqués de Mantillo* (50), de “Silverio Lanza”, aparece también reflejada la variada problemática regeneracionista. Pero el tópico temático más repetido en todas ellas es el del sistema caciquil —sus distintos grados— y sus actividades electorales.

La influencia de Costa y el regeneracionismo se extiende hasta las más jóvenes generaciones literarias de fin de siglo. En algunas novelas de Blasco Ibáñez —*El intruso*, *La catedral*, *La horda*, *La bodega* (1903-5)— se reflejan las tensiones existentes en la sociedad española contemporánea. La producción novelística de Angel Ganivet —*La conquista del reino de Maya* (1897) y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898)— constituye la mejor síntesis del regeneracionismo literario. Unamuno, como hemos visto en el apartado anterior, también se muestra profundamente influido por la ideología costista y el movimiento regeneracionista, del que hallamos eco en *Paz en la guerra* (1897).

(46) ROMERO TOBAR, Leonardo, *ob. cit.*, pág. 181.

(47) Barcelona, Ed. Maucci, 1901, 270 págs.

(48) Barcelona, Henrich y Cía. (Biblioteca de Novelistas siglo XX), 1903.

(49) Alicante, Est. Tip. “El Liberal”, 19891.

(50) Madrid, Imp. Viuda de Hernando, 1889.

3.1. Obra novelística de José Nogales

La producción de José Nogales se reduce a *Mariquita León* y *El último patriota*, novelas ambas publicadas en 1901, aunque escritas con anterioridad según noticia de Antonio Cortón en su crónica "En tren y escuchando" (51). En ella Cortón entabla un diálogo con un editor catalán que comenta, con extrañeza, el hecho de que *La Vanguardia* hubiera publicado una serie de trabajos de Nogales, pues este periódico era uno de los factores del catalanismo literario. Nogales, nacido y residente en Huelva, rompió esa tradición. La explicación se halla en el Prefacio que hace el editor de *Tipos y costumbres* (52): el director de *La Vanguardia*, Modesto Sánchez Ortiz, gran amigo de Nogales, se llevó a Barcelona una serie de trabajos inéditos del escritor y, después de leerlos, los entregó a los editores. Aquel montón inédito estaba formado por los originales de *Mariquita León*, *El último patriota*, *Algas del fondo* y *Murrias*. Las dos primeras eran novelas que fueron vendidas al editor Maucci, y las dos últimas eran colecciones de artículos que formarían posteriormente el volumen *Tipos y costumbres*.

Mariquita León y *El último patriota* son dos novelas enlazadas que constituyen una sola serie, debido a que:

- a) La temática —problemas regeneracionistas— es común a ambos, si bien *El último patriota* se centra en el tema capital, el desastre del 98, como reza su subtítulo "1898", mientras que en *Mariquita León*, aunque el tema principal sea el caciquismo, tiene cabida la variada problemática regeneracionista: desinterés por el progreso, atraso cultural y económico, preocupación exclusivamente material, etcétera.

Son dos novelas comprometidas con la realidad político-social de la España finisecular. Ante el desastre del 98, Nogales reaccionó atacando dura y despiadadamente, desde sus dos novelas —de aquí que puedan estudiarse comparadamente—, la reacción que ante la derrota sufrida tienen dos ciudades opuestas: Venusta (*Mariquita León*), materialista y avara, y Oblita (*El último patriota*), entusiasta y ridícula, extremos que Nogales ve en el pueblo español.

- b) El tiempo que duran es de un año, aquel funesto de 1898.

(51) *El Liberal*, 1900-VII-30.

(52) NOGALES, José, *Tipos y costumbres*. Barcelona, Biblioteca "La Vanguardia", n.º XVI, 1900.

c) Venusta y Oblita son dos ciudades vecinas y opuestas, por lo que la crítica es recíproca y constante. Los nombres Venusta y Oblita están en relación, por su connotación negativa, con otros nombres de ciudades que aparecen en algunas obras regeneracionistas: Infundia, Vetusta, Villaruin.

d) Plantean el conflicto entre el ideal de un héroe y el contorno degradado. En *Mariquita León* es el médico don Jacinto frente al pueblo de Venusta, materialista y hostil. En *El último patriota* es el hidalgo don César Paniagua frente a su propio pueblo, Oblita. Don Jacinto —héroe estático, ya que su carácter y postura están dados desde un principio— y Paniagua —héroe dinámico porque su patriotería ridícula evoluciona, al final de la novela, hacia un patriotismo verdadero y profundo— son los que proponen los programas reformistas, y el papel que desempeñan radica en vencer la abulia y el escepticismo que dominaban a la pequeña burguesía finisecular. Son héroes vencedores porque logran escapar del medio que les oprime: don Jacinto acaba yéndose de Venusta, desencantado de la vida de aldea, para vivir de nuevo en las grandes ciudades; el destino de Paniagua es más incierto, porque huye de Oblita, su pueblo natal, pero sin saber adónde, y buscando algo nuevo y mejor, pero desconocido.

Estos conflictos se plantean claramente pero no son los únicos.

e) Son novelas de colectividad en cuanto que se centran en la vida de dos pueblos, y los personajes son las “fuerzas vivas” de éstos: cacique, médico, cura, ricahembra, capitán del ejército, secretario del ayuntamiento, etcétera. Los personajes —presentados por el narrador mediante una definición— están condicionados por el medio en que viven: la materialista Venusta influye sobre personajes moralmente bellos como Mariquita León o el padre Baquero, manteniéndolos despreocupados y ajenos frente al progreso del mundo exterior; el entusiasmo y patriotería que caracterizan a Oblita motivan que el hidalgo Paniagua caiga frecuentemente en el ridículo.

f) El origen social de los personajes queda reflejado en el lenguaje: popular y castizo si hablan los campesinos, elevado y grandilocuente si lo hace algún abogado o diputado. Pero la cualidad más destacable es que hablan muy naturalmente, sin decir cosas de más que no contribuyan al único propósito que se debe perseguir: comprender la historia.

g) En *Mariquita León* el narrador se identifica con la ideología del escritor tomando una actitud comprometida, mientras que en *El último patriota* el narrador cuenta la historia desde una postura despectiva e irónica, debido a la crítica despiadada y cruel que rezuma el libro

Aunque son novelas progresivas, la omnisciencia lleva al autor a hacer aclaraciones narrativas, por lo que hay frecuentes saltos atrás. De todas formas, nada de lo que se nos cuenta es impertinente; todo es necesario para comprender la historia. Lo oportuno y conciso a la hora de narrar es una regla del arte que observa Nogales con fidelidad.

3.1.1. *Mariquita León*

La acción de esta novela transcurre en Venusta, pueblo sin inquietudes y sin interés por el progreso, cuya vida está regida por la preponderancia política y la lucha por el bienestar material, interrumpida por alguna comilona, alguna peregrinación a una ermita o algún bautizo en la iglesia del pueblo.

El dinero es el móvil principal de todas las acciones que, aunque no se produce, se persigue y cuando se encuentra, se esconde en los lugares más ocultos; por él se hiere y se mata en Venusta. El dinero es también la base del poder político ejercido por el cacique, que se extiende hasta la intimidad del hogar.

A lo largo de la novela, que presenta un panorama sórdido y avaro, Nogales critica la reacción de Venusta ante el desastre colonial, el desinterés por el progreso, el caciquismo —que en la novela tiene una doble vertiente: cacicato de bondad y altruismo ejercido por Mariquita León, frente a los miserables caciques Larán-Larán y Brevas— y la preocupación exclusivamente material, que caracterizaban a muchos pueblos de España.

Se desarrollan paralelamente cuatro acciones que, aunque no están interrelacionadas, contribuyen a desengañar al médico don Jacinto y a hacer que huya del pueblo:

1. El odio desencadenado entre Larán-Larán y su sobrino Berrenches.
2. El odio entre Brevas y su hijo Juanito "Sinsal".
3. Incipiente amor entre Mercedes —hija de Larán-Larán— y don Jacinto.
4. Enfermedad y muerte del hijo de Mariquita León.

El desagrado y la antipatía que produce el contenido del libro, inspirado en una realidad inmediata, contrasta con la belleza de las descripciones, arte en el que Nogales es un maestro insuperable, pues añade a la visión, el tacto y el olfato, haciendo sentir al lector el roce de cada cosa, especialmente su perfume. Por medio de su panteísmo estético Nogales dota a las cosas, en apariencia inanimadas, de una nueva vida latente y visible.

3.1.1.1. *Personajes principales: don Jacinto y Mariquita León*

El médico don Jacinto, hombre de capital, es y se siente como un extraño en medio de Venusta. Le desagrada el mal gusto del casino, el interés que domina al pueblo, la falta de caridad que en todos observa y la despreocupación ante el Desastre. Después de su enfrentamiento con el cacique Larán-Larán, don Jacinto recuerda las palabras de uno de sus maestros que constituyen la clave para conseguir la ansiada regeneración, que tanto le preocupaba:

“Seréis médicos de partido (...) en esa situación profesional tendréis que luchar con dos monstruos que ya os aguardan: la Pereza y el Caciquismo. La una os llevará a la ignorancia y la degradación. El otro, al envilecimiento. Para combatir a entrambos tenéis un arma poderosa que os hará invencibles: la Voluntad. ¿Queréis saber? Venceréis a la Pereza. ¿Queréis ser honrados y justos? Triunfaréis del Caciquismo. ¡Voluntad, voluntad, voluntad! Esa receta os doy.” (53).

Nogales hace aquí referencia a la pasividad española (pereza) y al caciquismo como los dos mayores males que azotaban a España, y propone un único remedio para combatirlo: la voluntad. Los autores de ideología regeneracionista no coinciden en su búsqueda de remedios que pudieran solucionar el panorama español: para Costa, lo que haría falta sería un “hombre nuevo”; para Unamuno, la religión; para Maeztu, la conquista del poderío económico y para Baroja, un ideal que pudiera mantener firme la voluntad. En este aspecto, existe una similitud entre la solución que defienden Baroja y Nogales.

Los personajes moralmente bellos —Mariquita León y el padre Baquero— reconocen que la guerra de intereses y la avaricia son los móviles que han impulsado a don Jacinto a huir del pueblo, y se lamentan por ello.

(53) Cito por la 2.^a ed., Madrid, Atlántida, 1926, pág. 54.

“Don Jacinto sentía una especie de fiebre carcelaria que le impulsaba a huir del pueblo. Sabía que jamás llegaría a entrar en aquel ambiente, a conformarse con la vida tal como allí iba discurriendo (...) nada le retenía ya en el pueblo. Aquel positivismo codicioso, aquel correr tras el ochavo con ansias de mendigos sedientos, aquella brutal indiferencia por todo lo que no fuera el *número uno*, la cruda egolatría de un pueblo de bestias que ni aún el látigo de la desgracia colectiva mueve, repugnábanle a él, que tenía ideal, que se había criado en otra atmósfera y guardaba el culto a las ideas como uno de los menesteres de la racionalidad.” (54).

La negativa de Mercedes a su no muy clara propuesta de matrimonio es otro factor que contribuye a su partida. Don Jacinto deseaba ardientemente abandonar aquel pueblo, símbolo de la España muerta, y dirigirse a la España que había quedado viva para luchar al lado de la juventud regeneradora; sentía una fuerza interior que lo empujaba a esta lucha de lo nuevo con lo viejo. El, sin ambiciones personales, intervendría en el gran esfuerzo para salvar a la patria de la profunda crisis en que había caído. El conflicto entre las dos Españas —la muerta y la real— es uno de los eslabones que integran el pensamiento costista. Con el fin de hacer resaltar la degradación que caracteriza a Venusta, don Jacinto, al partir, contraponé la impasibilidad de la naturaleza física que envolvía al pueblo, divisado ya en la lejanía, y el sórdido hormiguero humano con su carga de vicios y dolores que le agitaban desde dentro.

“Don Jacinto sintió un repentino alivio en sus tristezas. Quedaba atrás definitivamente la España muerta, y él corría con la fe de un cruzado hacia la España viva, esa que sentía latir entre aquellas negruras de la noche, entre aquellas nieblas llorosas que empañaban los cristales.” (55).

De entre todos los habitantes de Venusta se eleva Mariquita León como un alma grande, sana y pura. Esta viuda, rica, hermosa y joven, triunfa con su virtud y su voluntad sobre los caciques Brevas y Larán-Larán, convirtiéndose en una cacica de cualidades suaves y altruistas. Mariquita, temida y respetada por sus enemigos, es una democrática labradora que lleva una vida de continuo trabajo: ordeña sus vacas, hace

(54) *Ob. cit.*, pág. 171.

(55) *Ob. cit.*, pág. 221.

sus quesos y se emplea en faenas domésticas; gracias a su actividad y laboriosidad gobierna a la perfección su casa y hacienda. Constituyen sus únicas preocupaciones la salud de su único hijo, linfático, y el aumento de su caudal.

3.1.1.2. *El caciquismo*

Como hemos señalado anteriormente, el caciquismo en Venusta tiene una doble vertiente: cacicato de bondad y altruismo encarnado en Mariquita León y el padre Baquero, frente al cacicato miserable representado por Brevas y Larán-Larán, que junto con El Sacristán, son unos auténticos usureros que habían ido acaparando todas las riquezas de la comarca. El Sacristán, llamado así porque lo fue en sus años mozos, fue expulsado de la iglesia al descubrir que vivía de una usura implacable, y a partir de entonces, se dedicó a juntar dinero y se convirtió en “prohombre”.

Mariquita León ejercía “un simpático cacicato frente al odioso poder del cazarro y siniestro don José de las Brevas, cacique de verdad.” (56).

En realidad, la señora de Venusta era Mariquita —aunque no hiciera alarde de su señorío—, pues se debía contar con ella para cualquier proyecto, ya que su postura a favor o en contra solía ser decisiva. En cierta ocasión tuvo lugar un almuerzo en casa de Larán-Larán en honor de un aspirante a diputado menor, protegido del gobernador. El aspirante dijo necesitar el apoyo de Mariquita León, según le había advertido el gobernador, pues la cacica “arrastraba muchos votos y era una influencia reconocida” (57), por lo cual Brevas y Larán-Larán se vieron obligados a ir a visitarla y a recabar su apoyo para la candidatura oficial, pues sólo así saldría triunfante. Mariquita accedió, aunque poniendo como condición el restituir al médico don Jacinto a su puesto, que se había vuelto inseguro desde su enfrentamiento con Larán-Larán —por causa de la extensión de un certificado de sanidad del alguacil, al que había agredido Berrinches, sobrino del cacique—. La aceptación de esta condición por parte de los caciques comprometió a Mariquita a amparar la candidatura del gobierno. Es obvia, en lo que a actividades electorales se refiere, la existencia de una estrecha conexión entre caciques (tanto los usureros Brevas y Larán-Larán, como la benefactora Mariquita) y Go-

(56) *Ob. cit.*, pág. 15.

(57) *Ob. cit.*, pág. 72.

bierno a la hora de dar su protección al candidato gubernamental. Que-ral ha analizado minuciosamente, en *La ley del embudo*, esta íntima relación que se da entre distintos grados —caciques locales, gobierno— de la estructura caciquil cuando tienen lugar los actos electorales.

Los triunfos de Mariquita enfurecen a los caciques, que no tienen otra alternativa más que someterse a su voluntad: El Sacristán, en una conversación con Brevas, confiesa su deseo de hundir a Mariquita, “por asarla a contribuciones, por hacerla arder a denuncias, por derretirla de una vez, a ver si nos deja en paz esa buscarruidos de los calzones” (58).

3.1.1.3. *Reacción de un sector del pueblo español, representado en Venusta, ante el desastre del 98*

La despreocupación de Venusta ante el desastre nacional, al que se hacen claras alusiones en la novela, refleja la reacción que tuvo la mayoría inconsciente del pueblo español ante la derrota del 98. Muestra de ello es la reacción que tienen los contertulios de don Jacinto en el casino, cuando al comentar el médico, con preocupación, la lista verdadera de los buques yanquis aparecida en un diario, y la espantosa ruina en que iba a desembocar España, sus interlocutores, no interesados en el tema, se alejan dejándolo solo; o también el comentario de uno de los vecinos de Venusta, que en una tertulia asegura que el año ha sido bueno, comentario que provoca la indignación del médico:

“¿Bueno? (...) ¿Año bueno éste? ¡El “año terrible”, el año infame en que se acaba todo! ¿Qué les parece a ustedes eso de Santiago? Cuba perdida, Puerto Rico perdido, Filipinas perdida, la Península misma amenazada, los puertos destruidos...” (59).

Lo cierto es que los habitantes de Venusta sólo están interesados en las buenas cosechas y en los buenos negocios, si había guerras era cuestión de los gobiernos:

“Pero el eco de la guerra venía de muy lejos, no les inquietaba mucho. Después de todo (...) el suelo no iban a llevárselo.” (60).

Esta despreocupación que caracteriza a Venusta ante la realidad del Desastre se manifiesta a través de dos cauces: o bien la ciudad se vuelca y

(58) *Ob. cit.*, pág. 161.

(59) *Ob. cit.*, pág. 46.

(60) *Ob. cit.*, pág. 46.

aturde en diversiones populares, como sucede en el episodio en que el padre Baquero y Currito acuden a casa de Joselito Ridoro, con el fin de discutir sobre la preocupante cuestión política, aunque lo negro del tema hace que pronto quede desplazado por el deseo de alegría y diversión:

“Currito templó la guitarra y comenzó a rascar (...) ¡Viva lo flamenco! ¡Olé lo bueno! Y echó su copla al aire (...) Y siguió la zambra en el corral, debajo de la parra...” (61);

o como atestiguan las tradicionales fiestas a la Virgen del Alamo, patrona del pueblo, con el tamboril que inundaba todo de alegría:

“Mucho se hablaba de la España dolorida, pero hay que reconocer que cual viuda un tanto alegre de cascos, llevaba muy bien su dolor (...) Iban llegando los repatriados (...) volvían los hijos al regazo de su madre, la gran tragicomedia había terminado.” (62);

o bien la ciudad pierde el tiempo en confeccionar abundantes planes teóricos para una regeneración del país:

“... regeneración... Habían puesto de moda esa palabra, y todo el mundo no pensaba más que en regenerarse. Y como llegasen ciertos cartapacios con programas y recetas, bien así cual si preparasen los pañales para envolver la España nueva que había de nacer presto de aquella preñez angustiosa, alborotáronse grandemente los caciques.” (63).

El cacique Brevas informa a Mariquita del nacimiento en Venusta de la primera junta para la regeneración del país que, dirigida por el sacristán e integrada por los dos caciques, el yerno de uno de ellos, el maestro de escuela, el secretario del ayuntamiento, etcétera, se disponía a regenerarles.

Mientras que los habitantes de Venusta se mantienen ajenos a la marcha de los acontecimientos nacionales:

“se acercaban las elecciones, espectáculo que vino que ni de perilla a los españoles, hartos aburridos ya con la monotonía del desastre.” (64);

(61) *Ob. cit.*, págs. 157-158.

(62) *Ob. cit.*, pág. 79.

(63) *Ob. cit.*, pág. 121.

(64) *Ob. cit.*, pág. 66.

por aquellos días todo el poder colonial español se hunde entre el estrépito de los banquetes de París:

“un viento manso de desolación venía del Pirineo, trayendo desdenes compasivos de todo el mundo. Y todo aquel plan de despojo madurado durante medio siglo, en secreto a voces, que todo el mundo sabía, menos nosotros, habíase consumado, al fin, inexorablemente, con exactitud matemática, con la implacable frialdad de los números trazados por una ambición enorme.” (65).

3.1.1.4. *Desinterés por el progreso y preocupación exclusivamente material*

Venusta —donde el progreso del mundo exterior es algo ignorado porque a nadie interesa— es para don Jacinto “un pueblecillo chico y enredoso, terruño miserable donde se mata la gente por un ochavo” (66), porque la búsqueda del dinero constituye el hilo conductor de las acciones de la mayoría de los habitantes, y la avaricia se convierte en el móvil desencadenador de la tragedia. Un ejemplo de ello es la actitud del cacique Larán-Larán que, a pesar de su inmensa fortuna —acumulada durante años y no obtenida limpiamente—, abandona en la miseria a su hermano, padre de Berrinches, y a su madre, conducta que provocará la muerte del cacique a manos de su sobrino Berrinches. El hecho de que el mísero Larán-Larán se despoje, en su lecho de muerte, de la dura corteza de odios e intereses al perdonar a su sobrino y agresor, no impide que el reparto del dinero de la olla, a la muerte del cacique, constituya un nuevo elemento de discordia entre los parientes:

“Una familia matándose por el interés... parientes en presidio (Berrinches) una historia que hay que tirar de ella como de una cadena que no se rompe...” (67).

La avaricia del otro cacique, Brevas, desencadena el hurto de trigo por su hijo Juanito “Sinsal” que, sorprendido por su padre y acusado de ladrón, responde:

“¡Ladrón, no! Cojo lo mío, ¿sabe usted? Lo que usted me roba (...) Lo que ha debido darme y no me da porque es usted un avariento...” (68);

(65) *Ob. cit.*, pág. 157.

(66) *Ob. cit.*, pág. 53.

(67) *Ob. cit.*, pág. 154.

(68) *Ob. cit.*, pág. 195.

provocando una pelea entre ambos, en la que el hijo ataca brutalmente al padre dejándolo mudo y paralítico. El desenlace —Brevas enclavado en el lecho y sin poder hacer nada— hace renacer en Juanito “Sinsal” la esperanza de llegar a ser libre y rico, y da paso al indecoroso saqueo que tiene lugar en su casa: su hija registrándolo todo, los hermanos peleándose, y el cacique inmóvil y con la lengua trabada presenciando el saqueo de su hacienda.

Don Jacinto se preguntaba qué clase de pueblo era aquel en que a todos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, les preocupaba una única cosa:

“... el negocio, la ganancia, el interés en todas sus formas (...) la juventud era experta, pero descreída, ignorantísima en todo lo que no fuera ganar dinero.” (69);

y atribuía al interés la primacía en la vida de Venusta, porque era la causa de que los padres renegaran de sus hijos, y de que éstos persiguieran sus progenitores como a bestias dañinas.

Tampoco pasa desapercibida para el padre Baquero la esencia material del pueblo:

“Es un asco esta Venusta, (...) De día en día aumenta el hambre de intereses. ¡Hábleles usted de otra vida! Se ríen..” (70).

3.1.1.5. *Rivalidad entre Venusta y Oblita*

Venusta y Oblita son dos ciudades vecinas que están enlazadas por las numerosas referencias que, a su ambiente y situación topográficas, se hacen en sendas novelas.

La introducción de personajes helicenses —habitantes de Oblita— en la vida cotidiana de Venusta constituye un recurso que sirve para poner de manifiesto lo opuesto del espíritu de ambas ciudades. Flautilla, médico de Oblita, cuando acude a ver al hijo de Mariquita aprovecha para dar una conferencia en el casino de la ciudad enemiga:

“El temperamento helicense —es sabido que Oblita era la antigua Hélice de los griegos— se reveló aquella noche en la respetable persona del médico Flautilla (...) Habló de regeneración, según un programa que las “clases neutras” de su pueblo habían estudiado; de un porvenir de pública tranquilidad (...).

(69) *Ob. cit.*, pág. 22.

(70) *Ob. cit.*, pág. 57.

Flautilla puso las manos en el teclado y, jota va, jota viene, no quedó hueso sano al repertorio chico. Con ese pan artístico se nutría la generación que capituló en Manila y en Santiago y firmó la paz de París.” (71).

Este mismo recurso se convierte en arma para criticar a la ciudad opuesta cuando se asimila al personaje helicense a la vida de Venusta, como sucede con Joselito Ridoro —único ejemplar helicense que vivía en Venusta— cuyas buenas cualidades, según el padre Baquero, hacían que no pareciera de Oblita.

La avaricia de Venusta y sus habitantes es uno de los elementos estructurales que no sólo separa tajantemente ambas ciudades, sino también provoca el que Oblita se convierta en objeto directo de la usura de Venusta. Así, el cacique Brevas y el sacristán, grandes usureros, “despojaron a Oblita, un pobre pueblo que agonizaba (...) entre ilusiones hidalgas y miserias reales” (72). Por tanto, la noticia de la muerte del usurero Bravas —comunicada por Flautilla a unos cuantos helicenses que compartían el departamento del tren con don Jacinto, cuando éste se dispone a abandonar Venusta— fue recibida con un aplauso de aquellos que se habían sentido afectados por la implacable usura del cacique:

“¡Al fin caían los peces gordos! ¡Ya era tiempo! También al Sacristán (...) le llegaría su turno (...) Y aquellos alegres hijos de la ciudad romántica (...) echaron un trago, felices, confortados por un enjambre de esperanzas locas, que les hacía soñar con una España nueva, heroica, imponiendo su hegemonía a las demás naciones.” (73).

Es patente, en este párrafo, la idea del sistema caciquil como algo inherente a la España muerta, por lo que la muerte del caciquismo supondría el nacimiento de la España nueva.

El afán de la ciudad de Venusta por acaparar todas las riquezas de Oblita se pone también de manifiesto en la conversación mantenida entre el padre Baquero y El Sacristán, en la bodega de este último cuando, probando el tinto de los Paniagua, recordaron cómo aquellas viñas habían sido

“arrancadas por la vía ejecutiva del mayorazgo de Oblita, un Paniagua medio tonto que se había quedado sin dos pesetas y pen-

(71) *Ob. cit.*, pág. 179.

(72) *Ob. cit.*, pág. 16.

(73) *Ob. cit.*, pág. 219.

saba en la patria. ... Eran viejas, producían poco, ¡pero el vino!, a la vista estaba: lo mejor, lo más fino, caldo señorial (...) era noble por los cuatro costados. Hasta en la viña había escudos.” (74).

Esta conversación refleja, además, el enfrentamiento entre el espíritu de ambas ciudades. La burla que de la idealista Oblita hacen los habitantes de la materialista Venusta es constante, y ha llegado a tomar forma plástica en el casino de los venustenses, donde se satiriza a uno de los elementos que componen el escudo de Oblita, una osa:

“En el fondo había un piano, y encima de él, mal dibujada al carbón, una tremenda osa limpiándose las lágrimas con un pañuelo; caricatura alusiva a cierta ceremonia funeral de los de Oblita.” (75).

A las fiestas patrióticas que se sucedían con frecuencia en la ciudad de Oblita, debido al entusiasmo que caracterizaba el temperamento helicense, respondían los venustenses con el empleo de todos los medios a su alcance para estropearles esos pequeños goces:

“(algunos venustenses) iban con un manojo de cohetes a tirárseles a Oblita desde el pino gordo”. Parece que en la ciudad vecina había meneo patriótico aquella noche y, como siempre, querían aguar la fiesta.” (76).

“...a cada escarceo patriótico o ceremonia solemne de los de Oblita, respondía una carcajada (...) Era Venusta que reía, siempre socarrona, encaramada en lo alto de las pendientes.” (77).

Juan Valera, en “Mariquita León”, artículo publicado en *Crítica literaria*, elogia la novela de Nogales alabando su técnica narrativa y disculpando el pesimismo que rezuma la obra:

“... la afición pesimista prevalece hoy en las obras de ingenio y no nos atrevemos a censurar lo negro del cuadro (...) el señor Nogales, conocido ya del gran público por el cuento premiado en el certamen abierto por *El Liberal*, ha querido confirmar y ha confirmado, en mi sentir, la justicia con que obtuvo aquel triunfo,

(74) *Ob. cit.*, pág. 42.

(75) *Ob. cit.*, pág. 20.

(76) *Ob. cit.*, pág. 47.

(77) NOGALES, José, *El último patriota*. Barcelona, Maucci, 1901, pág. 14.

escribiendo, no ya cuentos, sino extensas novelas. La que lleva por título el que nos sirve de epígrafe, entiendo yo que ha sido más allá todavía; *Mariquita León* da más, para mi gusto, que lo que *Las tres cosas del tío Juan* nos habían prometido.” (78).

Carlos del Río, co-redactor de Nogales en *El Liberal*, escribió un artículo titulado “Mariquita León” (79) en el que hace una crítica muy elogiosa de la novela, porque en ella “...Nogales ha sabido verter su espíritu, y ha logrado también comunicárselo al público poderosamente”. Declara que la obra de Nogales le ha sublevado el ánimo, le ha indignado —aunque no contra el autor, que ha escrito su novela “hermosamente redactada en castellano puro, sonoro, rico”— contra el cuadro descrito y estudiado en ella. Piensa Carlos del Río que el autor, al presentar tan gráficamente el panorama de la vida de este pueblo, ha participado de la misma indignación que él al leerla y que su intención, al escribir la novela, ha sido manifestar sus sentimientos de desagrado y repulsa ante la realidad de Venusta, trasposición literaria de la situación político-social de la España de la Restauración.

3.1.2. *El último patriota*

El último patriota es una crítica amarga y cruel de la realidad por la que atravesaba España en 1898, año en que nuestro poder colonial se hunde. Como *Mariquita León*, esta novela analiza y censura la reacción de un sector del pueblo español ante el desastre nacional. Si la primera critica el espíritu materialista de Venusta, su despreocupación ante la derrota sufrida, su búsqueda de diversiones populares y su regeneracionismo mal entendido, *El último patriota* satiriza a la irreal Oblita, ciudad que ante el desastre del 98 reacciona ocupándose sólo en goces espirituales como “sentir la patria”, y recordando constantemente las viejas glorias de su suelo.

La acción de la novela se desarrolla en Oblita, ciudad indefinida geográfica e ideológicamente. No es puerto de mar —aunque para el gobierno sí lo sea— porque el mar está lejos y no se llega a él tan fácilmente; tampoco es de “tierra adentro”; no es pueblo agricultor ni pescador; no es la España antigua porque las nuevas ideas se han infiltrado; tampoco

(78) VALERA, Juan, “Mariquita León”, en *Crítica literaria. Obras completas*, Madrid, Ed. Aguilar, 1947, t. II, págs. 1054-56.

(79) RÍO, Carlos del, “Mariquita León”, en *El Liberal*, 1901-IV-2.

es la España ideal moderna, pues carece de industrias y se da una excesiva importancia a las raíces históricas de la gloria local.

Los helicenses —su nombre se debe a que allí tuvo asiento la antigua Hélice de los griegos— viven de “sabrosas memorias, como el Ingenioso Hidalgo, de dulces esperanzas, como el común de poetas... o de milagro, como el común de españoles” (80). La nobleza y señorío que caracterizan a los helicenses les hace despreciar el aspecto económico de las cosas, a la vez que la idea del pago les produce un estremecimiento, igual que a Don Quijote cuando le presentaban la cuenta los venteros. Este espíritu antieconómico fue utilizado por su enemiga Venusta, que fue acaparando todas las riquezas de la ciudad romántica.

La nota esencialmente caracterizadora de la vida de Oblita es el entusiasmo hacia cualquier pretexto, por descabellado que fuera. Los ánimos helicenses están siempre dispuestos a vibrar con cualquier motivo, aunque el entusiasmo no les conduce a la acción; muy al contrario, pasan rápidamente de la fiebre ardorosa al amodorramiento. En todos sus actos se refleja la prioridad que dan al impulso inicial o entusiasmo, y el lugar secundario que ocupa, para ellos, la realización concreta de cualquier proyecto; un ejemplo de ello es su pronta disposición para confeccionar una lista con los donativos que los helicenses se comprometían a ofrecer al gobierno, dada su mala situación económica, y la no realización de este acto ya que, como otros muchos, había sido motivado por el entusiasmo, y no por un íntimo convencimiento. En realidad, el entusiasmo era una forma de evasión de aquella realidad hedionda y angustiada, por lo que el ánimo de Oblita siempre se mantenía elevado:

“Ellos se habrían batido con el aire, con los fantasmas, con las hierbas de la marisma, con los molinos de viento” (81).

3.1.2.1. *Personajes principales*

Los personajes de esta novela son, como en la anterior, las “fuerzas vivas” del pueblo, y los directores de la opinión son don César Paniagua, don Damián de la Rúa y el señor cura.

Don César Paniagua, último mayorazgo de la comarca, era el número uno de los caballeros de Oblita y espejo de sus compatriotas. Si en un primer momento se nos muestra como un personaje patriotero y ridículo, a lo largo de la novela su personalidad va experimentando una evolu-

(80) Cito por la 1.ª edición. Barcelona, Maucci, 1901, pág. 10.

(81) *Ob. cit.*, pág. 183.

ción, debido a los golpes que sufre en su inconsistente y trasnochado patriotismo:

“aquél espíritu de hidalgo pobre, en donde al parecer habíanse refugiado las últimas vibraciones del patriotismo.” (82);

por lo que acaba convirtiéndose en el último patriota de Oblita, contorñado degradado del que huye buscando un nuevo ideal que le condujera hacia el camino de la verdadera regeneración:

— “¡Paniagua... Paniagua! Yo soy su amigo de siempre. A Ud. le pasa algo y no quiere decirlo. ¡Huir de nosotros! ¿Cuándo se ha visto eso? (...) Acaso, reniega usted...

— No reniego de nada, pobre Berruguete. Sólo que yo no busco la regeneración por ahí.

— ¿Por dónde la busca Ud.? A ver si estamos de acuerdo.

— ¡Quién sabe! Por allá tal vez —y señaló a la marisma oscura que se extendía como un velo de sombras movedizas (...).

...Y allá por la marisma oscura (...) iba caminando el último patriota (...), rígido e impasible como un sonámbulo que marcha con la vista puesta en algún nuevo ideal que relumbra en el horizonte.” (83).

En la última reunión que tuvieron los helicenses para establecer la base de todo trabajo regenerador se hace patente la postura de cada personaje y los derroteros que seguirá nuestro héroe:

“Campanón decía que el sufragio con todas sus lindezas; Ripalda, que el Ejército del mar y tierra; don Damián, que la Administración civil con todas sus palancas, ruedas y engranajes nuevamente engrasados y dispuestos (...).

(...) Ni Paniagua ni el cura habían querido asistir a ese torneo floral (...) El cura afirmaba que en esta nación tan asolada y empobrecida, sólo se conserva fresco y lujurioso, con un vigor que ahoga, el árbol de la oratoria (...).

(...) (Para Paniagua) No vendría por ese camino la regeneración. Para poner en orden y meter en cintura este bosque nacional acribillado por todas partes, desgarrado por tantos vendava-

(82) *Ob. cit.*, pág. 232.

(83) *Ob. cit.*, págs. 266 y 270.

les, y oliendo a madera podrida y a cieno ensangrentado, había que ser antes leñador que jardinero (...).

No, no había de ir a pronunciar discursos (...) Paniagua había visto claro (...) sintió que algo enorme también se le derrumbaba por dentro. Y mascando aquellas pastosas amarguras, caminaba por Oblita como un sonámbulo, con la vista fija allá en algún ideal invisible, que debía de estar muy alto." (84).

El párroco y César Paniagua son los únicos conscientes del desastre del 98, lo que no les impide caer con frecuencia en el ridículo, como cuando se adhieren a una partida carlista por ver en ella un medio para la regeneración.

Por su parte, el abogado Campanón, personaje que despunta en política y desea convertirse en el cacique de la ciudad, piensa que sería de gran ayuda para conseguir la regeneración el que Oblita contase con un representante propio en el Senado provincial.

Si Paniagua es el héroe, don Damián es el antihéroe. Mientras aquél es el defensor de la guerra, éste lo es de la paz, de la infalibilidad del gobierno o superioridad, partidario de que los pueblos se entiendan por medio de organismos que sirvan para esclarecer y juzgar, como son los expedientes, cuerpos consultivos, informantes, juntas, comisiones, etcétera. Para don Damián la única esperanza de regeneración consiste en la creación de más ruedas en la maquinaria administrativa.

Otros personajes son Ripalda, bizarro capitán retirado del cuerpo de carabineros del Reino; Berruguete, secretario del ayuntamiento, "gordo, sensible y aficionado a las frases hechas"; el médico Flautilla, que aparece en Venusta, y Pepita Jiménez, dama helicense que mantuvo amores en su juventud con Paniagua.

3.1.2.2. *Reacción de Oblita ante el desastre del 98*

En realidad, éste es el único tema de la novela, como reza su subtítulo "1898". Esta exacta localización temporal contrasta con la vaguedad espacial que supone el simbólico nombre de Oblita. A lo largo de este año:

"(los helicenses) habían apurado todo el caudal disponible de ceremonias patrióticas en los largos meses que duraba la guerra en Cuba y Filipinas. La muerte de Maceo fue motivo de un derroche de entusiasmo y de fluido vital. ¡Noche inolvidable! (...) Durante

(84) *Ob. cit.*, págs. 261-63.

aquella primavera menudearon como nunca las ceremonias patrióticas.” (85).

La bullanguera “Marcha de Cádiz”, que acompañaba todas las fiestas, y el emotivo “Coro de repatriados” de *Gigantes y Cabezudos* —estrenado en 1898— señalan la inclinación de los pueblos, en épocas de crisis, a ser adormecidos con imágenes de triunfos soñados, de himnos a la entereza y a la esperanza.

Los cambios y trastornos políticos que ocurren en España llegan a Oblita, ocupada en otros quehaceres, como ecos confusos de un ruido desagradable. César Paniagua, en una charla que da en el Casino, reconoce lo lamentable de la situación, comparando las antiguas glorias de Oblita —el glorioso pasado español— con el cuadro sombrío de la presente decadencia y de las desdichas que ésta viene arrastrando; pero pronto se olvida del desastre que se está fraguando y pasa a ocuparse de feliz porvenir que espera a la ciudad gracias a la ayuda y colaboración de un sabio francés, que iba a fijar su residencia entre ellos, dispuestos “convertir en espléndidas realidades sus más atrevidos proyectos” (86). El motivo del “sabio francés” proviene de la novela inédita de Joaquín Costa *Justo de Valdediós*, siete cuadernillos redactados entre 1874 y 1880, desde cuyo comienzo queda establecida la antítesis: héroe de la novela intrascendente sabio francés.

Los helicenses creen, en su más íntimo convencimiento, que España acabará venciendo: “¿No se amamantaron los nuestros en heroica ubre? Los soldados, ¿no seguían en el combate banderas que son páginas de gloria, cual no las tuvo nadie?” (87), y el héroe Paniagua, con el entusiasmo que le caracteriza, se afana en la creación de un partido de la guerra allí, en Oblita, porque, según él, la raza necesitaba un baño de sangre para fortalecerse: “Somos los mismos; los de Sagunto y Lepanto, y Trafalgar y Zaragoza” (88). A lo largo de la novela proliferan las alusiones al glorioso pasado español: “la antigua Hélice seguía durmiendo, mejor dicho, soñando con fantásticos Lepantos y nuevas ediciones de Saguntos y Zaragozas!” (89).

Cuando se plantea en Oblita la conveniencia o no de la guerra contra EE. UU. Paniagua y el cura reaccionan positivamente, planeando derro-

(85) *Ob. cit.*, págs. 17 y 40.

(86) *Ob. cit.*, pág. 34.

(87) *Ob. cit.*, pág. 71.

(88) *Ob. cit.*, pág. 53.

(89) *Ob. cit.*, pág. 38.

tar, con el “fulminario” —aparato destructor inventado en Oblita por un genio inédito—, a toda la escuadra de Watson; don Damián, en el que se encarna la crítica de la burocracia y la tramitación, se muestra defensor de la paz y partidario de que los pueblos se entiendan por medio de un expediente.

Ante la continua llegada a Oblita de funestas noticias:

“¡Toda la escuadra destruida en Cavite! (...) Manila acorralada por la línea de fuego de los buques yanquis, el Archipiélago entero amenazado.” (90)

el héroe Paniagua, en contra de la consigna de Costa, “doble llave al sepulcro del Cid”, vuelve sus ojos al glorioso pasado español apoyándose en él para sostener su tesis:

“¡España no puede declinar!... la raza no perece, y ¡aunque pereciera! ganaría batallas como el Cid.” (91).

Los helicenses, pasado ya el estremecimiento moral que sintieron ante la noticia de la primera derrota, se dedican a analizar las causas que la originaron, aunque su fe sigue sin decaer: después del desastre de Filipinas confían en la acción de Cuba, y la confianza de Paniagua en los destinos nacionales aumenta después del primer tropiezo, presentándosele un porvenir lleno de triunfos. Durante aquel verano de 1898 los helicenses, en espera de nuevas noticias, se divierten y gozan de la vida:

“Las noches de luna dos o tres barcas paseaban por el Ridoro su alegre carga de juventud, cantando románticas canciones (...). Hasta echaban de menos los toros y el teatro.” (92).

Al recibir el último parte, que informaba que la escuadra española al salir de Santiago había sido acribillada por los obuses yanquis, la ciudad de Oblita

“invadida de una indiferencia malaya, de un qué se me da a mí fatalmente suicida, tendióse al sol, esperando la muerte.” (93).

Conforme se van recibiendo las noticias negativas de la guerra, Oblita va tomando conciencia del desastre que envuelve a España y reacciona aturdiéndose con diversiones, pasando los días y las noches entonando canciones y bailoteando:

(90) *Ob. cit.*, pág. 81.

(91) *Ob. cit.*, pág. 86.

(92) *Ob. cit.*, págs. 125-126.

(93) *Ob. cit.*, pág. 143.

“—Y a nosotros ¿qué? —decían los helicenses— (...), ¿a qué abrir las puertas del dolor cuando el placer es tan bueno? (94).

Las severas meditaciones de la minoría consciente, representada por Paniagua y el cura, contrastan con los “rasgueos de guitarras y repiques de castañuelas; risas y canciones, el tumulto de la raza imbecil” (95). El médico Flautilla propuso organizar una becerrada en que toros y toreros fueran aficionados, idea que fue muy bien acogida por aquella “gente retozona y alegre (...) que rabiaba por divertirse en medio de esta España mutilada (...) No se conoce otro período de más diversiones y esparcimientos, de más alegrías y retozos, en toda la historia patria” (96).

Paniagua y el cura, en su búsqueda de soluciones para combatir los problemas que acuciaban a España, se adhieren a una partida carlista porque ven en ella una posible vía de regeneración. Al ser sofocada la partida por la guardia civil, Paniagua empieza a vislumbrar el abismo en que se halla la patria, su ruina como resultado de la parlería política, el desconcierto en todos los órdenes de la vida, “la impudicia de un pueblo que canta y baila como un imbecil, mientras le amputan su honor y sus dominios” (97). El carlismo hay que entenderlo dentro del contexto de la ideología costista: la alianza que establece Unamuno entre regionalismo, socialismo y carlismo popular —alianza que, según Ganivet, representaba la fórmula política en la nueva generación (98)— constituye, según Rafael Pérez de la Dehesa, una síntesis del credo de Costa:

“El revivir del carlismo no es más que un mero síntoma del regionalismo en cierto modo socialista, o del socialismo regionalista. Y ¿por qué no decirlo?, es el fondo anarquista del espíritu español, que pide forma, expresión, desahogo.” (99).

La reacción del pueblo llano ante el Desastre se encarna en tío Francisco que, del fin de las guerras, dice: “tó ha sío una venta”; de los gobernantes: “que ca uno va a su avío (...) tó se vuelve hablar, (...) y por el chorro de la versación se va toa la fuerza”; sobre la justicia: “no paece más que pa sacar contribuciones, pa jorobar al probe, o pa llevarse a los hijos allá, aónde se mueren sin que los padres los vean”; sobre el honor y

(94) *Ob. cit.*, pág. 187.

(95) *Ob. cit.*, pág. 190.

(96) *Ob. cit.*, págs. 196-197.

(97) *Ob. cit.*, pág. 226.

(98) PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *ob. cit.*, pág. 176.

(99) *Ob. cit.*, pág. 179.

la patria: "Eso es un gazpacho que los señoritos se comen... pero que el probe paga." (100)

Juan Valera, en su artículo titulado "El último patriota" (101), critica duramente "la impía burla con que fustiga el Sr. Nogales a los habitantes de Oblita"; encuentra cruel y burlesca la alegoría de la novela: la rapidez con que los helicenses pasan de una extremada confianza al abatimiento y a la consternación, el belicoso ardor del cura y los arrestos magnánimos de César Paniagua, "todo tiene chiste y hace reír (...) pero con una risa que lastima y duele. Hasta la determinación final del cura y de don César de levantar para regenerarnos una partida carlista contribuye a la severa lección que el Sr. Nogales quiere darnos". Valera sólo reconoce en *El último patriota* la agudeza y el poder de ingenio de su autor, y en su crítica no menciona la burla cruel que hace Nogales de una rica-hembra, enamorada de César Paniagua, a la que llama Pepita Jiménez.

CONCLUSIONES

El propósito de este artículo ha sido analizar la influencia que el movimiento regeneracionista y la ideología de Joaquín Costa ejercieron sobre José Nogales. Para ello hemos elegido su obra novelística como uno de los cauces —el otro es su obra periodística realizada en *El Liberal* de Madrid desde 1900 a 1908— por el que nos ha llegado la visión que Nogales tenía de la variada problemática regeneracionista. La presencia del pensamiento costista en nuestro autor le une a la etapa regeneracionista de la generación del 98.

Las dos narraciones de Nogales, *Mariquita León* y *El último patriota*, critican las situaciones injustas (el caciquismo); la España decadente tras la derrota del 98 (el atraso cultural y económico), y la reacción de la mayoría del pueblo español ante el Desastre:

- a) el volcarse y aturdirse en diversiones populares;
- b) el regeneracionismo mal entendido, a base de la elaboración de diversos programas regeneracionistas, ineficaces todos, así como el abandono de las propias cosechas que, de ser abundantes, hubieran llevado a la verdadera regeneración.

Amelia GARCIA-VALDECASAS JIMENEZ

(100) "El último patriota", *ob. cit.*, pág. 240-242-243.

(101) *Crítica Literaria. Obras completas*, Madrid. Editorial Aguilar, 1947, tomo II, págs. 1069-1072.

